

## CAPITULO IV.

### Educación religiosa.

La religión, según nos enseña la experiencia diaria, es el único sostén, el único apoyo sólido é indestructible de la moral. Si á pesar de nuestros sentimientos religiosos nos dejamos arrastrar á veces por las pasiones, ¿cómo no habíamos de precipitarnos á cada paso en insondables abismos sin el temor de Dios? La educación religiosa es, pues, la base, el fundamento de toda educación, y el mayor beneficio que puede dispensarse al hombre.

Desde el instante en que empezamos á ejercer nuestras facultades mentales se deja conocer la necesidad de la religión. Todo cuanto vemos, todo cuanto pensamos, todo cuanto sentimos, sería incomprendible para nosotros si el mismo Dios no se hubiese dignado explicárnoslo. ¿Qué sería del justo perseguido y calumniado, qué del pobre lleno de privaciones y de trabajos, y qué de todos los demás hombres, sujetos á mil calamidades y miserias, sin la esperanza del premio y sin el temor del castigo de la otra vida, reservado á nuestra alma inmortal, según la conducta observada en este mundo? Dios, que en su infinita sabiduría ha previsto todas las cosas, ha depositado en nuestro corazón el germen inapreciable del sentimiento religioso, semilla fecunda é imperecedera, que podrá agotarse cuando se abandona, pero que está siempre dispuesta á germinar cuando se cultiva, y á dar frutos preciosos cuando se desarrolla. Criado el hombre á imagen y semejanza del mismo Dios, aspira naturalmente al infinito para acercarse á su Criador, y esta aspiración, esta tendencia, no es otra cosa que el sentimiento religioso. En todas las edades y en todas las circunstancias de la vida se deja sentir en nuestro interior; y, ya abandonado á sí mismo, ya corrompido en su desenvolvimiento, la razón y la conciencia nos dan pruebas de que existe dispuesto á encaminarse á su verdadero fin.

Á la educación toca desarrollar y dirigir este sentimiento excitando en el alma de los niños la fe, la esperanza y la caridad, por medio de la ideas de Dios y de su acción visible é invisible en todos los fenómenos de la naturaleza; y en los de la vida del hombre, por medio de las piadosas prácticas de la religión católica, por medio de la instrucción y por medio de la enseñanza de las verdades religiosas. Este desarrollo es el deber

principal y más importante del maestro de instrucción primaria. Para llenarlo debidamente es condición indispensable que él mismo esté animado de una fe viva y sincera; porque, inflamada su voluntad, y convencido de las verdades que enseña, ilustrará é inflamará fácilmente el alma de los discípulos; mientras que en otro caso su conducta y sus ejemplos destruirían todo el poder y autoridad de las lecciones. Cuando el niño asiste á la escuela ha empezado ya el desarrollo de este sentimiento por la piedad de la madre y de la familia; de consiguiente, el maestro no tiene necesidad más que de continuar con inteligencia la obra comenzada en el hogar doméstico. Allí empieza la educación religiosa por la oración, y en la escuela debe seguir el mismo orden. Con la oración elevamos el alma á Dios, manifestándole sumisión y respeto, pidiéndole lo que necesitamos, y dándole gracias por los favores que nos dispensa. Por la oración deben dar principio y terminar los ejercicios de la escuela, para pedir á Dios que conceda á los niños su protección, y con ella la docilidad y la obediencia tan necesarias en el estudio, la calma y la tranquilidad tan importantes en las horas del reposo y distracción. Pero estas oraciones han de ser claras, sencillas y fáciles para que el niño las comprenda, y han de recitarse con atención y recogimiento, con pausa y con aquella unción que hace llegar la voz del hombre hasta la misma Divinidad para darle testimonio de su amor y manifestarle sus miserias y necesidades. Las oraciones en latín y todas las que son superiores á la comprensión del niño se reducen á meros ejercicios mecánicos y rutinarios, que lejos de ser útiles y provechosos, producen la indiferencia y conducen al fin contrario al que se proponen. Por eso deben ser las oraciones muy sencillas; y aun así, deben explicarse con frecuencia, aprovechando esta ocasión para hacer ver á los niños nuestra debilidad, y el deber imperioso de implorar en todos los momentos los auxilios de Dios, y para fortalecer la fe, la esperanza y la caridad. Las oraciones han de variarse también con alguna frecuencia, y no han de tener demasiada extensión para no dar lugar al cansancio, la monotonía y la rutina, cuidando, sin embargo, de no pronunciarlas con precipitación con objeto de abreviarlas. En fin, el maestro, que en todos los instantes debe ser el modelo de los discípulos, ha de practicar estos ejercicios en tan respetuosa actitud, y con tal gravedad en sus palabras que presenten el ejemplo más edificante de la fe y de la piedad de que está animado.

Pero donde la piedad se excita y robustece fuertemente es en la reunión de los cristianos en el templo de Dios, donde la solemnidad y la majestad del culto elevan el alma á contemplar la eternidad. Aquella pompa que acompaña á las ceremonias tan sencillas como fervorosas de la religión católica; aquella música grave y pura á un mismo tiempo, todo nos obliga á reconcentrarnos en nosotros mismos; parece que nos pone en comunicación directa con la Divinidad, é infunde en nuestro corazón el convencimiento más profundo en la fe cristiana.

Cuando los maestros hacen asistir á sus discípulos á las solemnidades religiosas con respeto y veneración, entonces es cuando ven principalmente acallarse las pasiones, y ensancharse el corazón del niño para dar paso á las súplicas más puras y fervorosas; entonces este, como humilde cristiano confiesa su fe, ruega por sí mismo, por sus bienhechores, por sus enemigos y por toda la humanidad, olvidando completamente los odios y miserias mundanas. A estos actos, pues, debe acompañar el maestro á sus discípulos los días de precepto, como lo previene el reglamento, y con el mismo fin debe disponerlos al cumplimiento de las demás obligaciones que nos prescribe la religión católica.

Fuera de estas prácticas, la enseñanza religiosa concurre también eficazmente á desarrollar y fortalecer la fe cristiana en el ánimo de los niños. Todas las lecciones ofrecen ocasión oportuna para ensalzar la grandeza y la bondad del Criador, para hacer ver la pequeñez y miseria de la naturaleza humana, y la necesidad de un auxilio sobrehumano para dirigir nuestra conducta y alcanzar nuestro último fin. Las perfecciones y atributos de la Divinidad se reflejan de una manera ostensible y sorprendente en todas las maravillas de la naturaleza, y no hay asunto de cuantos se ofrecen en las lecciones de la escuela, que no se preste para infundir en los niños las sublimes ideas de lo infinito y de lo eterno, para elevar á Dios sus inocentes almas, y para infundirles un amor y temor saludables en su bondad y justicia infinitas.

En cuanto á la enseñanza religiosa, propiamente dicha, es decir, en cuanto á la enseñanza del dogma y de la historia sagrada, es preciso limitarse á las doctrinas contenidas en el catecismo examinado y aprobado competentemente. Estos libros comprenden la historia y los principios de la religión; y querer extenderse en las explicaciones á más de lo que en ellos se contiene, sería exponerse á infundir en el ánimo de los niños, con los más buenos deseos, errores funestos que acaso destruirían su fe en lugar de fortalecerla, ó la profanarían con la herejía en vez de ilustrarla. El maestro no debe considerarse ni como filósofo ni como teólogo que ha de profundizar el dogma, sino como el expositor fiel y exacto de la letra del Catecismo que han de aprender los niños de memoria, explicándoles el sentido gramatical y lógico de las palabras, sin otro objeto que para hacerles comprender las ideas y pensamientos que encierra. Debe cuidar que los niños no encomienden palabras sin sentido á su memoria; puede apelar á las lecturas piadosas y á los rasgos históricos de la Sagrada Escritura en los libros autorizados para aclarar lo que los niños no comprendan, por medio de sus explicaciones; pero es preciso detenerse allí con prudente reserva; un celo exagerado podría llevarle á hablar de lo que está fuera del alcance de su comprensión, haciendo caer á los niños en funestos errores.

Por lo demás, la enseñanza religiosa y los ejercicios piadosos han de ir siempre de acuerdo, porque la religión comprende

el sentimiento, el culto y la instrucción; la instrucción es estéril cuando no se funda en el sentimiento y se expresa por el culto; el culto no tiene valor sin el sentimiento y sin la idea de la religión; el sentimiento, sin la instrucción y el culto, es ciego y limitado. Todo debe marchar en armonía, dirigiéndose á inspirar el amor, el respeto, la adoración y el temor de Dios, y de consiguiente, la resignación en los decretos de la Providencia, la abnegación de sí mismo, la humildad, la caridad, el deber y el cumplimiento fiel de las obligaciones de cada uno por amor á Dios y por la esperanza de la felicidad en otra vida mejor.

Así es como se habituará el niño á sentir la presencia de Dios en su interior y en todas las cosas que le rodean, sin que lo vea con los ojos corporales, ni pueda comprenderlo su entendimiento sin la luz de la revelación: así es como se desarrolla la fe, luz que se enciende con el conocimiento del Autor de la naturaleza, y que le hace confiar en los inescrutables designios de su Providencia; luz que le inclina á obrar bien, y de la cual dimanar la esperanza y la caridad, que le aseguran los verdaderos bienes de esta vida y de la futura: así es como las nociones religiosas arraigadas en el corazón del niño permanecen firmes é indestructibles en el hombre, á pesar de todos los trastornos y de todas las pasiones, y la fe, firme y segura, resiste constantemente á todas las dudas y todos los sofismas; así, en fin, habrá llenado su verdadero objeto la educación religiosa.

## CAPITULO IV.

### DEL DESARROLLO DE LA SENSIBILIDAD.

Si el pensamiento precede á la sensibilidad, ó al contrario, es cuestión que ni se ha resuelto todavía, ni toca á nosotros resolverla. Sea lo que quiera, no puede ponerse en duda que la sensibilidad modifica notablemente las facultades intelectuales. Entre los que suponen que en el orden de sucesión y generación precede el pensamiento á la sensibilidad, uno de ellos, Mr. Damiron, dice: «La pasión nace de la inteligencia, y de ella recibe su carácter; pero una vez desarrollada, recobra sobre la inteligencia, y ejerce sobre el pensamiento un imperio muy notable. Cuando experimentamos afección hacia un objeto, cualquiera que sea el sentido en que se despliegue y el grado en que se manifieste, siempre nos hallamos con respecto á este objeto en una disposición especial. Cuando, ya sea un bien, ya un mal, apenas nos mueve, ó nos inspira poco interés, permanecemos fríos é indiferentes, y lo miramos con desdén, sin cuidarnos de estudiarlo y conocerlo, y lo olvidamos prontamente. Para mirar las cosas con mayor interés y prestarles una atención viva y escudriñadora, se necesita más emoción, más placer ó más dolor, más deseo ó más repugnancia, porque entonces, ó la pasión es pura, recta y elevada, y se refiere á objetos serios y dignos de examen, y la inteligencia, simple y profunda, excitada y vivificada, se desenvuelve con vigor y energía, ó por el contrario, la pasión mezquina y sin verdad, intolerante, exclusiva y ridícula en su exaltación, apartando el espíritu de las consideraciones que la llevarían á la ciencia, ó la elevarían hasta la poesía, lo precipita, perdiéndolo en miserables concepciones. Así resulta que el error es causa de malas pasiones, y el entregarnos á pasiones desarregladas es el origen de ideas falsas y absurdas.»

Análogo efecto producen las afecciones sobre la voluntad que sobre la inteligencia, en lo cual, y en cuanto á que la sensibilidad preceda en el orden de generación á la voluntad, ninguno duda.

Por eso el desarrollo de la sensibilidad es de grande influjo, tanto en la educación intelectual como en la moral ó religiosa, y conviene estudiarla más bien como una parte especial de esta misma educación que como un medio de grande interés para dirigirla.

El dominio de la sensibilidad es inmenso, pues que se extiende al mundo físico, intelectual y moral, como ya se ha visto al

tratar de las facultades del alma humana. Las impresiones de los sentidos dan lugar á las sensaciones, y los actos, tanto de la inteligencia como de la voluntad, á los sentimientos; contribuyendo también en ambos casos al desarrollo ó entorpecimiento de la sensibilidad. Esta armonía, esta relación estrecha que se observa siempre entre los tres atributos esenciales de nuestra alma, nos obliga á no separar el desenvolvimiento de los unos del de los otros.

La sensibilidad depende en gran parte del hábito, siendo de notar que las sensaciones que, como se ha dicho, provienen de los sentidos, disminuyen progresivamente de intensidad y aun llegan á perderse del todo con la frecuente repetición de unas mismas impresiones, mientras que los sentimientos, que son efecto de las operaciones de la inteligencia y de la voluntad, acrecientan notablemente la facultad de sentir. El atento examen de cada uno de los sentidos y de las operaciones del alma, suministra pruebas inequívocas de esta aserción.

Las vivas impresiones de calor y frío se modifican con la continuación, y hasta desaparecen cuando se equilibra en cierto modo la temperatura del cuerpo con la de la atmósfera. Así, al principiar el invierno nos parece irresistible una temperatura de cinco grados, y apenas nos incomoda la de tres, dos y aun cero grados en lo rigoroso de la estación. Un vestido de lana aplicado á la piel nos molesta en un principio con su aspereza, y más tarde, habituados á usarlo, ni siquiera sentimos su contacto. El exceso ó la escasez de luz nos causa sensación desagradable luego que nos exponemos á ella, pasando desde el grado de intensidad á que estamos habituados á recibirla; mas continuando la impresión por algún tiempo, cesa la sensación desagradable, y distinguimos los objetos que antes percibíamos confusamente. Esto explica la razón de que un profesor se acostumbre á la suciedad de la escuela y de sus discípulos, cuando la ha descuidado en un principio, y no vea lo que tiene delante de sus ojos, al mismo tiempo que no puede pasar inadvertido á las personas que entran por primera vez en su establecimiento. Otro tanto sucede con los sonidos que oímos con frecuencia. Acostumbrados á ellos, no nos distraen de los trabajos mentales, ni interrumpen nuestro sueño; mas si son sonidos á que no estamos habituados, recobra su energía la facultad de oír y no podemos fijar la atención en el estudio, ni conservar el sueño. La péndola de un reloj, el sonido confuso y atronador de un campanario próximo á nuestra habitación, el continuo ruido de un marmolista, de un cerrajero, á que estamos habituados, todo esto pasa inadvertido para nosotros, mientras que una ligera voz extraña hiere nuestro oído y llama nuestra atención. A igual causa es debido que el maestro y los discípulos no perciban el mal olor de la escuela poco aseada, ó cerrada por algún tiempo estando los niños, y que con el tiempo nos parezcan agradables los alimentos y bebidas que en un principio nos causan repugnancia. Puede decirse que se embotan los sentidos con el ejercicio. Las impresiones agradables pierden su eficacia

prolongándose, y el dolor más agudo parece que se templá y modera con la duración. El grandioso espectáculo de la naturaleza no conmueve ni causa emoción alguna al que está habituado á presenciarlo y no lo ve sino con los ojos del cuerpo, y ni los ardorosos rayos del sol, ni lo riguroso del frío hacen mella al que está acostumbrado á sufrirlo: *los ojos se secan de llorar*, como suele decirse.

Al contrario sucede con los sentimientos: cuanto más se repiten, adquieren mayor energía. El que se habitúa á ver la naturaleza con los ojos del alma, descubre cada vez nuevas bellezas que aumentan su fruición, y llega á leer por doquiera el nombre de un Criador, cuya excelencia infinita le excita de continuo al amor y agradecimiento. Siente un placer que nada tiene de común con el que proviene de los sentidos; porque así como este se debilita y apaga con la continuación, el otro aumenta en grados, y es perpetuo é inalterable origen de los más puros y tranquilos goces.

Además de la diferencia que se observa entre la naturaleza física y moral en esta parte, es de notar que al paso que se debilitan las sensaciones por la repetición, aumenta su necesidad y se hacen más dóciles y flexibles los órganos corporales que concurren á ellas. El que se habitúa al frío ó al calor no sufre grandes incomodidades por las impresiones que produce, y difícilmente resiste las temperaturas opuestas; el que se habitúa á las bebidas espirituosas ó á los alimentos excitantes, los usa sin placer, pero adquiere tal necesidad de usarlos, que sufre terriblemente cuando está privado de ellos; el que se acostumbra á un mueble cómodo, á una butaca, por ejemplo, á tener un animal, etc., apenas siente placer con su posesión, y si lo pierde experimenta una falta y aun un dolor insufrible. Sólo se exceptúan de esta ley las impresiones que resultan de la satisfacción de las necesidades naturales, en lo que tenemos un motivo más de admirar la infinita sabiduría del Supremo Artífice de la naturaleza. El uso diario de los alimentos no debilita las impresiones que causan, y conservándose la impresión de los sabores, existe siempre un estímulo en el paladar, sin el cual no repararíamos nuestras pérdidas, y pereceríamos. Sólo el abuso las debilita, y en esto reciben una pena digna de sus excesos los que por aumentar desmedidamente los goces del comer y beber se privan completamente de ellos. La agilidad que adquieren los órganos del cuerpo en el ejercicio no necesita comprobarse después de lo que se ha dicho al tratar de la educación física, y lo mismo puede decirse de la facilidad con que se producen los sentimientos, habiendo ya hablado de la educación intelectual y moral.

Aplicando ahora todo esto, en lo cual acaso nos hemos detenido demasiado, á la educación, deduciremos con facilidad cuándo conviene promover el desarrollo de la sensibilidad y cuándo amortiguar este atributo fundamental del alma, y cuáles son los medios conducentes á uno y otro.

Desde luego haremos distinción entre los placeres y dolores

físicos, y los goces y disgustos morales, considerando estos últimos como de un orden superior y elevado, y los físicos por lo que son en sí, prescindiendo de su influjo en la vida moral é intelectual, como de una importancia secundaria. Mas á pesar de esta diferencia conviene tener presente que en la realidad los placeres puramente físicos interesan también á la voluntad. Las sensaciones que experimentamos como resultado de las impresiones del mundo material, son agradables, desagradables ó indiferentes, y esto mismo determina nuestra voluntad á buscar las unas, y evitar las otras, y mostrarse inactiva con respecto á las demás. Esto no obstante, no implica para que tratemos separadamente de las sensaciones y los sentimientos, reconociendo la relación que existe entre ambos modos de sensibilidad.

Siendo los goces físicos de un orden tan inferior, pues que son comunes al hombre y á los animales irracionales, concíbese fácilmente que no debemos entregarnos á ellos sino con moderación, que es el único medio de poder disfrutarlos. No conviene destruirlos completamente, porque tienen su importancia en la vida, como todos los dones que Dios nos ha concedido; de consiguiente, hemos de evitar el abuso, tanto por librarnos del embrutecimiento y degradación á que conduce, cuanto por observar su energía en el grado conveniente á las necesidades de la vida. La frecuente repetición de las impresiones físicas llega á destruir la facultad de sentir y nos impone una necesidad irresistible de experimentarlas, según se ha dicho antes; por tanto, debe recomendar el maestro la templanza como el origen de los goces físicos. El cansancio y el hastío de estos placeres, la miseria y el envilecimiento de los que se exceden en la comida y especialmente en las bebidas, y otros muchos males, efecto de abusos de esta clase, de que desgraciadamente tendrán los niños demasiados ejemplos, suministran lecciones provechosas en boca de un profesor entendido, ya que no se encuentre en disposición de preservar á sus discípulos más directamente de tan funestos excesos. Por el contrario, puede hacerles ver los beneficios que resultan de someter los sentidos á la razón para habituarlos á la docilidad y á proporcionar deleites puros y verdaderos.

Por lo que hace á los sufrimientos físicos, efecto de las impresiones sensibles, el remedio es bien conocido. No basta preservarse de ellos en el presente, evitando lo que pudiera producirlos, sino disponerse á no experimentar sensaciones desagradables, habituándose gradualmente á ellas. Expuestos de continuo á la fatiga, á las privaciones, á los cambios de temperatura, á la inclemencia de las estaciones, será posible librarnos alguna vez de los agentes que nos rodean, pero en la mayoría de los casos no hay más remedio que sufrir sus rigores. La repetición de las mismas impresiones modera y hasta aletarga la sensibilidad, y este es el fin que debemos proponernos. El maestro puede hacer notar las ventajas que resultan de acostumbrarse con las precauciones debidas al frío y al calor, y á

otras impresiones desagradables, y habituar él mismo á ellas á sus discípulos, en cuanto lo permitan la disposición del local y los cuidados de la enseñanza.

Hemos dicho que si las sensaciones se debilitan con el ejercicio, la sensibilidad se desorrolla por las repetidas operaciones de nuestra alma, y así es la verdad. Estudiando se adquiere afición y amor al estudio; las afecciones del corazón crecen tanto más cuanto más se prodigan. El placer que resulta del descubrimiento de la verdad, de la adquisición de un conocimiento, nos impele á reoblar los esfuerzos para disfrutar otra nueva satisfacción del mismo orden. Si el maestro conoce bien esta ley de nuestra sensibilidad, podrá sacar un gran partido, para alentar á los niños al estudio y cultivar su inteligencia. Toda la dificultad consiste en graduar el trabajo para hacerlo agradable, quitándole cuanto pueda tener de repugnante. Lecciones fáciles y sencillas, explicaciones claras é inteligibles, hacer conocer á los discípulos sus más insignificantes adelantos, hacerles ver las ventajas de la instrucción, he aquí el medio de hacer agradable el estudio. Otro tanto sucede con los placeres que provienen del corazón; cuanto más se fortifica el hábito de obrar bien, tanto mayor es el placer que se experimenta. En esta parte el cuidado del maestro ha de dirigirse siempre á que los deberes de la conciencia sirvan de regla á los sentimientos más profundos del alma.

Pero los sentimientos, en la acepción más común, no son los que provienen de las percepciones ni exteriores ni interiores, sino los que afectan al corazón y lo conmueven con más ó menos fuerza, según que son más ó menos vivos. Los sentimientos de amor y odio, de ternura ó aversión, de religión, de piedad, etc., parece que se sienten en el corazón, donde se desarrolla el germen; de donde vienen las expresiones metafóricas, corazón de cera, corazón de piedra, corazón de tigre, etc. Estos son los sentimientos, que, como se ha visto, importa más estudiar para la educación moral.

Hay otra clase de sentimientos elevados también, uno de los elementos constitutivos de la verdadera naturaleza humana, que deben cultivarse, ya por su propia importancia, ya por sus estrechas relaciones con los sentimientos morales y religiosos. Este sentimiento viene á ser una especie de instinto por el cual conocemos y apreciamos ciertas cosas sin el auxilio de la observación y el raciocinio. Tal es el sentimiento de lo bello y lo sublime, del orden y la armonía.

El sentimiento de lo bello es una de las disposiciones que atestiguan el noble origen de la naturaleza humana. La deliciosa emoción que causa la belleza nos inspira un amor desinteresado, una especie de veneración hacia el objeto en que reside, ennoblece nuestras inclinaciones, y asegura el imperio de la naturaleza superior sobre la animal. La cultura de este sentimiento suaviza las costumbres y templá la violencia de las pasiones, y su desarrollo es casi una prenda segura de bondad, nobleza, probidad, virtud.

Sin pretender formar literatos ni artistas, este sentimiento puede alcanzar en las escuelas un grado conveniente de cultura. El principal medio consiste en llamar la atención de los niños sobre el espectáculo de la naturaleza, ya directamente, ya por medio de las lecciones y del estudio. Los libros de que se haga uso tienen en esto una influencia notable. En ellos pueden revelarse las sorprendentes curiosidades que encierra por todas partes, haciendo llegar á los niños por lo agradable á la contemplación de lo bello. Estos libros pueden contener la descripción de las armonías de la naturaleza, de los fenómenos físicos más sorprendentes, haciendo notar la sabiduría y la grandeza que brillan por doquiera en el mundo en que vivimos. Añadiendo á estos trozos de literatura, especialmente en verso, explicaciones interesantes, se inspira amor á lo bello y se ennoblece el alma de los discípulos.

Iguales resultados se consiguen con la enseñanza del dibujo lineal y principalmente de la música. El estudio de la figura de los objetos, la simetría y el orden en la distribución de las partes de que se componen, contribuyen notablemente á este fin. La música, desarrollando este sentimiento, es también un excelente medio de educación moral, muy á propósito para calmar las pasiones. El canto en las escuelas contribuye, en efecto, á desterrar canciones groseras y aun obscenas, tan comunes en las reuniones de jóvenes, sustituyéndolas con himnos religiosos, cánticos al trabajo, á la felicidad doméstica, á la piedad filial, á la vida campestre, inspirando sensiblemente el sentimiento de la armonía. «El ejemplo de lo que pasa en un país vecino (1) valdrá más que todos los raciocinios para probar el excelente influjo que puede ejercer la música. Hemos oído los cantos de los mozos aldeanos, dice un viajero en Suiza, cuando estaban en sus ocupaciones por la mañana; hemos sido testigos de su alegría y entusiasmo, cuando celebran con sus melodías las bellas escenas de la naturaleza, ó se animaban para cumplir con su deber. Los hemos oído repetir el himno de los segadores al salir con el día á recoger los granos, los hemos visto reunirse por la tarde á entonar un cántico de alabanza y de gratitud por la bondad divina, ó un canto nacional, en vez de entregarse á las conversaciones frívolas y viciosas, que ordinariamente hacen estas reuniones tan funestas. Hemos visto, en fin, venir los jóvenes desde alguna distancia á reunirse en un punto señalado, después de haber asistido al oficio divino, en los días de fiesta, y en lugar de perder el resto del día en los excesos de la embriaguez, terminarlo cantando himnos patrióticos ó religiosos. No podemos pensar en el contraste que presenta nuestro país en semejante ocasión, sin ruborizarnos de confusión y vergüenza.»

El orden de la escuela, el aseo y distribución conveniente de los objetos, no ejercen menos influencia en el desarrollo de este sentimiento. El orden que recrea y despierta el espíritu, es

(1) *Curso de Pedagogía de Rendu*, pág. 50

un deber que impone la disciplina y se convierte en hábito provechoso para lo sucesivo; pero prescindiendo de estas ventajas, agrada y complace por sí mismo y dispone directamente á la inclinación desinteresada y noble, á la belleza.

Todos estos medios puede aprovechar el maestro en la misma escuela para desarrollar en los niños el sentimiento de lo bello y los demás sentimientos que nacen de él; pero nada conduce tan seguramente á este fin como la contemplación directa de la naturaleza. Donde haya establecida la costumbre de salir al campo con los niños, en los pueblos donde puede establecerse fácilmente, á cada paso se ofrecen ocasiones de hacerles oír la voz de la naturaleza, é infundir en su alma el gusto de lo bello. La indiferencia de los habitantes del campo por las bellezas que los rodean no proviene del hábito de vivir entre ellas ni de la falta de tiempo para contemplarlas, sino de una educación defectuosa. Una palabra, una ligera explicación bastaría para interesarlos en la observación de varios fenómenos, que pasan inadvertidos á su vista, descubriéndoles infinidad de misteriosas bellezas que jamás habrán penetrado sus miradas.

Rodeado el profesor de todos sus discípulos en unos casos, de los más adelantados únicamente en otros, dejando jugar y correr á los restantes, puede darles nociones claras y sencillas acerca de las leyes admirables de la naturaleza, comprobándolas con ejemplos sensibles y palpables de los que se ofrecen á su vista. Lecciones sobre el aire, sobre el agua, sobre el calor, la luz, las tempestades, cuando se presenta ocasión oportuna, deleitan á los niños, sirven á su instrucción, y les hacen mirar con interés las bellezas de que están rodeados. Un molino, una noria, un establecimiento industrial que se encuentra al paso, ofrece motivos suficientes para llamar la atención de los niños, haciéndoles adquirir conocimientos de mucha utilidad. Si en estas explicaciones se les hace ver de continuo la mano de Dios en todas sus obras, y que se manifiesta tan grande comunicando la vida á un insecto apenas perceptible, como en la creación de majestuosas montañas que decoran el globo, resguardan de los vientos las llanuras y mantienen la frescura de los valles alimentando riachuelos que los riegan, entonces, no sólo hará atractivo el trabajo de los campos, sino que, elevando su alma, ennoblecerá sus costumbres, y al desarrollo del sentimiento de lo bello y lo sublime seguirá muy de cerca el sentimiento de lo infinito, el sentimiento religioso.

## SEGUNDA PARTE

### INSTRUCCIÓN

#### CAPITULO PRIMERO.

DE LA INSTRUCCIÓN EN GENERAL.

##### § I.

La Instrucción es una parte de la educación.—Medios de instruir.

La educación y la instrucción han sido consideradas por unos como cosas idénticas, por otros como distintas. Pensaron algunos que se podía educar sin instruir, y no pocos, que educar é instruir eran cosas diversas, aunque intimamente enlazadas. Pero ¿no se educa instruyendo? ¿No se instruye educando? ¿Cómo se desarrollan las fuerzas físicas, morales é intelectuales sin dar preceptos de gimnástica y moral, y sin poner en ejercicio la inteligencia? ¿Y qué hace entonces el hombre sino adquirir conocimientos, que es á lo que se llama instruirse? ¿Y cómo adquiere conocimientos sin desarrollar sus facultades intelectuales? Vemos, pues, que la educación y la instrucción tienen tantos puntos de contacto, que al primer aspecto se confunden, y no parece fácil establecer en qué consiste la diferencia. Sin embargo, en nuestro concepto la educación es una voz general que comprende como parte integrante la instrucción. Es ésta el complemento indispensable de la educación, y no sólo el complemento, sino uno de los más eficaces medios de educar. Así, se llama educar á la acción de conducir, dirigir, formar é instruir al hombre. Cuando decimos que educamos á alguno, damos á entender, según la rigurosa etimología de la palabra, que le sacamos de la ignorancia intelectual y moral; y en este sentido la educación comprende la enseñanza de los principios morales y de los conocimientos científicos. Se dice que entre los pueblos antiguos había más educación que ins-